

EQUILIBRIO Y SERENIDAD EN LA PINTURA DE SANTIAGO MONTES

Por LUZ POZO GARZA

EL pintor Santiago Montes milita en las filas de lo verosímil. En ese mismo punto confluye el aristotelismo de Cervantes y la audacia responsable de Picasso. Los tres tratan de convencernos de que el arte es veraz.

Cuarenta obras figuran en esta exposición suya de la sala del Ayuntamiento. Retratos, figuras, paisajes, naturalezas muertas... Experiencias, búsqueda en las técnicas, en los procedimientos.

—Las ceras necesitan apoyarse en la firmeza del dibujo.

Los trazos son rápidos y ciertos, de una gran delicadeza y finura. Pero la búsqueda en sí no es nada a no ser, como en Santiago Montes, que a cada intento corresponda un hallazgo transido de humanidad y precisión. Las conexiones con los grandes maestros a veces son sólo de íntimo reconocimiento:

—Velázquez sigue siendo el genio que intuyó un preimpresionismo. La ruptura nunca es absolutamente radical, existe el eslabón. Los grandes están siempre presentes. ¿Cómo eludir a un Picasso que lo exploró todo en pintura?

Montes construye con rigor y nos llama poderosamente la atención su profundo sentido de la armonía que se manifiesta en el equilibrio de las líneas en ángulo recto, en la alternancia de tintas cálidas y frías, los tonos luminosos aparecen complementados con los tonos intensos, las estructuras son expresivas y serenas. Todo tiene la frescura de la difícil facilidad.

—El pintor que «cocina» su pintura no resiste un análisis serio. Montes acierta a extraer la intimidad de los seres, de las cosas. Hay una noble contención que parece frenar cualquier exceso y transmitirse del artista a la obra, sosegadamente, en conclusiones armónicas. Un pacto entre lo intelectual y lo emotivo, del que ambas partes salen beneficiadas. Teoría y praxis, también en equilibrio.

—Acostumbraba a charlar sobre arte con Urbano Lugiés, excelente amigo, delicadísimo pintor, conversador genial...

Hay impresionismo madurado, depurado en algunos cuadros, especialmente en los paisajes. Pero los lienzos más logrados, a mi parecer, están amorosamente trabajados con técnica neoimpresionista, próxima al Seurat de la pincelada breve y la actitud meditada y precisa. Y, en el misterio de la creación artística, la estructura se vuelve clásica a fuerza de ser actual.

Las figuras de mujer son sobrias. Una humana ternura se desprende de estos seres que presentan una actitud no se sabe bien si de cansancio o de melancolía.

Los recipientes la cerámica de los bodegones, aparecen levemente deformados, sin tortura, para hacernos ver que no son del todo insensibles a la vida:

—La deformación de los objetos parece humanizarlos.

Las ideas de Montes coinciden con las del manifiesto de los pintores futuristas de 1911: «Para nosotros el dolor de un hombre es tan interesante como el dolor de una lámpara eléctrica que sufre con aunque —ya lo he dicho antes— sobresaltos espasmódicos...», aunque —ya lo he dicho antes— en Montes nada es excesivo ni extremado.

Las naturalezas muertas ocupan un lugar importante en la pintura de Santiago Montes. Desde que Cézanne crea el espacio a base de naturaleza muerta —acaso antes— los frutos humildes entran de lleno en el ámbito de lo pictórico con una fuerza cromática y connotativa que rebasa la pura forma. Aquí, con Montes, naranjas de efusiones cálidas, limones de un amarillo luminoso y sombras verdes y frías componen con su aparente simplicidad los tiernos bodegones, donde no suele faltar el agresivo cuchillo picasiano.

El autorretrato, propiedad del pintor, nos mira al soslayo, como Bécquer pintado por su hermano Valeriano. Se trata de una pieza valiosa de técnica divisionaria, en que los tonos, tomados puros en la paleta, permanecen puros en el lienzo, según aleccionaba Paul Signac en 1964.